

negocios de familia, dejaron esa capital el Juéves santo á las cuatro de la tarde. Además de los mexicanos de la comisión, estaban en la capital de Austria los señores Murphy, Negrete, Armero Ruiz, Amor, Guillermo Barron, Pedro Escandón, Fernando Gutiérrez, Arrangoiz, el presbítero Montesdeoca y coronel Facio. Todos fueron invitados por Maximiliano para ir á Trieste, á donde llegaron la mañana del Viérnes santo, creyendo que asistirían á la aceptación oficial, y que se proponía Maximiliano partir para México cuarenta y ocho horas después de la aceptación; pero no siéndole posible concluir los arreglos de familia, tuvo que aplazar ese acto hasta principios del mes de Abril, arreglando el asunto de manera que, por el paquete francés que salía de Saint-Nazaire el 15, fuese el comandante Rodríguez con despachos para la Regencia y una proclama á los mexicanos.

Los disgustos acaecidos en el seno de la familia imperial austriaca por resistirse Maximiliano á la renuncia perpetua é irrevocable de sus derechos al trono, tal como la exigía la política de Francisco José, produjeron el aplazamiento de la ceremonia solemne en la que Maximiliano proclamaría su aceptación de la corona de México, fijado para el día de Pascuas, Marzo 27. Los Sres. Gutiérrez de Estrada, Hidalgo y Velázquez de León, estaban citados para el 26 en Miramar, y allí en presencia de Maximiliano, conmovido y calenturiento, de la princesa Carlota, del barón de Pont y de Mr. Schertzenleheur, consejero particular del Archiduque, se dió lectura por el capitán de fragata Mr. Herzfeld al acta que la corte de Viena quería que firmara Maximiliano, y en seguida este declaró que jamás la firmaría.

¿Pero qué camino había de seguir ante las exigencias del Emperador austriaco? Maximiliano declaró que tenía la intención de ir á Roma y rogar al Soberano Pontífice que interviniera como árbitro entre su hermano y él, lo cual sorprendió en sumo grado á los que le escuchaban y unánimemente lo desaprobaron. D. J. M. Hidalgo tomó la palabra y dijo: que según su sentir, si se aceptaba la idea de recurrir á una mediación, tan solo podía intervenir con provecho Napoleón III; propuso informarle al momento por telégrafo, en cifras, haciéndole saber los últimos incidentes, solicitando su intervención y rogándole que sin retardo se dirigiese á Francisco José. Adherida la princesa Carlota á este parecer, lo apoyó con calor y acabó por prevalecer.

Admitido por el Emperador francés, contestó la misma noche que ya se dirigía á Mr. de Metternich y que al mismo tiempo comisionaba al general Frossard para que llevase al Emperador de Austria una carta autógrafa. El general cumplió rápidamente su misión en Viena y después fué á Miramar, donde encontró al Archiduque Leopoldo, al presidente de Consejo de Estado y al sub-secretario de Negocios extranjeros, enviados por el Emperador de Austria que los había autorizado para manifestar á Maximiliano, que la declaración contenida en el acta, era tan solo una fórmula antigua, de la que el gobierno no podía prescindir.

Intervino en esa conferencia el enviado del Emperador francés, y sostuvo en nombre de su soberano, que en efecto aquella fórmula no tenía más que una im-

portancia secundaria, pues que en el pensamiento de todos estaba que la renuncia era por sí misma irrevocable, y que México que llamaba al Archiduque, no podía entregarse ó aceptar á su príncipe, si este no se le entregaba completamente. Sin embargo de este parecer y no obstante las razones expuestas, y aunque Francisco José tenía un heredero varón, el pensamiento de renunciar un gran trono tal vez posible, hería tan vivamente las aspiraciones de Maximiliano y de Carlota que no podrían resolverse á aceptarlo. La Archiduquesa intentó aún el último esfuerzo cerca del Emperador, y acompañada del Sr. Hidalgo que estaba encargado de informar á Napoleón III del curso que siguieran las negociaciones, se dirigió á Viena. Encontró á Francisco José inflexible en lo que consideraba como una necesidad absoluta de la situación; pero apenado por los debates, mostró las mayores consideraciones hacia su hermana política; fué á recibirla á la estación y quiso alojarla en el palacio imperial; tuvo con ella dos largas conferencias en las que se esforzó por convencerla; le manifestó las razones de Estado que se oponían á lo que de él se pedía; sus deberes constitucionales y la necesidad de que la sucesión de la corona de Austria no fuese ni condicional ni incierta; pero queriendo mostrar la sinceridad de sus sentimientos y el pesar que sufría al no acceder á los deseos de su hermano y á los de la princesa, restablecía en provecho de Maximiliano el derecho á los donativos y disposiciones testamentarias, y para borrar las huellas de tan penosa querrela, ofreció oportunamente ir á firmar el acta en el palacio de Miramar «donde, el Emperador de Austria, dijo, será huésped del Emperador de México.»

Aceptado este programa por la princesa Carlota, se dejó la entrevista para el 9 de Abril, y volvió á Miramar, si no satisfecha, resignada. Encontró á Maximiliano sombrío y triste, pensando únicamente en las dificultades; el desaliento se había apoderado de su espíritu y aun pudo presentirse, que en aquellos momentos habría renunciado voluntariamente la corona de México, pues á pesar de su reserva habitual, algunas veces se le escapaban palabras delante de personas de su intimidad, manifestando que si alguno le iba á comunicar que todo se había acabado, se encerraría en su cámara para saltar de alegría; pero exclamaba: ¿y Carlota? A esta frase seguía el silencio que dejaba comprender cuanto influía la Archiduquesa en las determinaciones de Maximiliano y cuán poco dispuesta la encontraba á renunciar la corona esperada. El carácter de Maximiliano, artista, literato, aun poeta, gustaba de soñar con bellezas y las realidades le espantaban; el brillo de un trono le había seducido por un instante, poniéndole en igualdad de categoría con su hermano mayor y con Napoleón III; pero su alma no podía alimentarse con la prosa de la política, ni tenía la energía de los ambiciosos, según se revela en una elocuente poesía que dejó, en la que vierte sus esperanzas, sus penas y temores, al pensar que se iba á separar para siempre de su patria tan querida; país de sus goces infantiles en el que sintió las emociones del primer amor; patria que iba á dejar en busca de inciertos ideales de ambición que excitaban su alma. Seducido por el aparato de una corona deslumbrante, sintióse impulsado por locas qui-

meras. Se le hablaba de tetro, de palacios, de poder; se le presentaba un vitor sin límites; pero era necesario pasar á riberas lejanas; se quería tejer de oro y de diamantes el sendero de su vida; pero esto podría darle paz al alma y la dicha que uno estriba en las riquezas?

Estaba á su lado en Miramar el general Frossard, ayudante de Napoleón III y también se presentaron en la residencia de Maximiliano, su primo el Archiduque Leopoldo, el barón de Lichtenfelds, presidente del Consejo de Estado, y el barón de Meysenburg, sub-secretario de negocios extranjeros, encargados de arreglar las dificultades que aparecían en ese asunto. Mientras que lo discutían, había ido á Viena la Archiduquesa, acompañada del Señor Hidalgo, para tratar con el Emperador austriaco en persona tan espinosa como delicada cuestión.

Según el parecer de Maximiliano, era esencial la diferencia entre un príncipe que acepta una corona extranjera y la Archiduquesa que se casara con un extranjero; estaba dispuesto á las concesiones que exigía el interés de la monarquía austriaca; pero quería que las modificaciones en el acta fueran basadas en una equitativa interpretación de la ley de familia. Procuraban arreglar las dificultades en Miramar el Archiduque Carlos Luis y los comisionados del Emperador austriaco; pero se conservó, sin variación alguna en el fondo, el tropiezo, pues renunciaba Maximiliano por sí y sus herederos el derecho de sucesión eventual al trono de Austria, *por todo el tiempo que la nueva dinastía mexicana siga reinando*. Esta reforma no fué aceptada por el Emperador Francisco José, quien se trasladó á Miramar acompañado de cuatro Archidukes, de dos ministros y tres cancilleres del Imperio.

Para escoltar al príncipe en su viaje á Veracruz, estaba ya en Trieste la fragata Themis desde el 29 de Marzo; pero el obstáculo principal para que terminara el asunto de la aceptación, siempre estribó en que el aceptar corona extranjera un Archiduque austriaco, constituía un hecho sin precedente en los anales de la casa de Habsburgo; tan solo se había previsto el caso de que una Archiduquesa contrajera matrimonio en el extranjero y por ello una ley de familia le imponía la obligación de firmar el acta de renuncia á los derechos de sucesión, y á los bienes patrimoniales del fondo creado en el reinado de María Teresa para subvenir á las necesidades extraordinarias de los miembros de la familia. Maximiliano se oponía enérgicamente á que se le considerara en el caso de una Archiduquesa.

De este asunto se ocupó un consejo de familia, durante la permanencia de Maximiliano en Viena y la mayoría de sus miembros se inclinó en favor de la afirmativa, siendo el caso tanto más grave, cuanto que Maximiliano, en su calidad de primer agnado, era llamado por derecho á la sucesión de la corona si el Emperador Francisco José moría sin heredero varón. Pero si esto acontecía, quedaría el Austria sin soberano legítimo mientras que Maximiliano regresaba de América, de donde tal vez no podría salir repentinamente; y ese retardo, en tal eventualidad, se consideraba de funestas consecuencias para la tranquilidad e integridad de la monarquía austriaca.



*Pbro. y Doctor D. Ignacio Montes de Oca*

Fué uno de los cuatro eclesiásticos ante los cuales juró el príncipe Maximiliano, al aceptar la corona en Miramar, hacer el bien y procurar la prosperidad de la Nación mexicana. El Señor Montes de Oca presenció las solemnidades verificadas en Trieste con motivo de aquella aceptación.